

I

Los cuatro alegres viajeros, Aurora, Joaquina, German y Agustín, no quisieron detenerse en Zaragoza, y siguieron corriendo hasta Madrid, á donde tenían ánsia por llegar lo antes posible.

Debe decirse, en honor de Aurora, que muchas veces pensó en su madre, en la soledad en que la dejaban, y en el delito de robo de que ella y su hermano eran culpables para con aquella infeliz mujer: pero la voz de los remordimientos era sofocada al instante por la del resentimiento: su madre, en el arrebató de sus frecuentes enojos, decia á su hija, con una expresion de verdad que habia quedado profundamente impresa en el alma de la jóven:

—¡Cuándo te perderé de vista! ¡cuándo te me quitarás de delante! ¡cuándo me libraré de tí un tabardillo!

Aurora, acostumbrada á la mansedumbre

cristiana de las religiosas, sintió en un principio, al escuchar estas cosas, herido su corazón por un dolor punzante: después se dijo que, puesto que su madre la aborrecía y se lo manifestaba, debía hacer poco caso de lo que decía, y vengarse con la única arma que estaba en su mano: con la indiferencia.

En tanto que el coche corría hacia Madrid, se consolaba diciéndose que ya podía su madre estar contenta, supuesto que la había libertado de su vista, y que, lejos de culparla por haber cumplido su deseo, se lo debía agradecer.

Sentados cómodamente en la berlina del carruaje, trataron de lo que debían hacer, y German fué el que propuso.

Se convino en que éste y su hermana se quedarían, con Joaquina, en la misma fonda de las diligencias: y en que Agustín buscaría habitación en una casa de huéspedes próxima.

La boda de Aurora y Agustín debía llevarse á efecto al instante.

De la de German nada se trató, ni Joaquina, á pesar de su descoco natural, se atrevió á insinuar una palabra.

Llegados á Madrid, tomaron un cuarto para Aurora y su doncella, pues Joaquina no había

pasado á más alta categoría, y otro para German, pidiendo enseguida el almuerzo en el cuarto de las primeras.

Joaquina padeció la mortificación de no sentarse á la mesa y de comer en otra colocada á un lado de la estancia, después de haber servido á sus señores.

Este desaire, como ella decía en su interior, la desazonó tanto, que, á pesar de las miradas amorosas que German le dirigía de cuando en cuando, apenas almorzó de corage.

Pero aún le quedaba el rato peor que pasar: acabado el almuerzo, que los dos caballeros remojaron con sendos tragos de buen vino, dijeron que se iban á dormir un rato, y la camarera quedó sola con su joven señora.

—Retire Vd. todo esto, dijo Aurora al criado de la fonda: y después váyase Vd., cerrando la puerta, y sin volver por aquí hasta que yo llame con la campanilla ó envíe á mi doncella á avisar que necesito algo.

Al oír la palabra *mi doncella*, la aludida frunció el ceño de una manera espantosa.

Aurora lo vió muy bien: pero hizo como que no lo reparaba.

Así que el criado salió, se acomodó en una

butaca, y dijo á su camarera con acento grave, y que no admitia réplica:

—Joaquina: no creas que porque te hemos admitido en nuestra compañía para el viage, piense mi hermano nada sério contigo, ni trate yo de consentirle cosa que le comprometa: yo me casaré con Agustin, que es mi igual, á quien amo y que me ama: pero tú no te casarás con mi hermano, —al ménos como yo lo pueda impedir—porque es de una clase muy superior á la tuya, y porque solo te ama por pasatiempo: ten esto entendido, y mira si te conviene seguir á mi lado como camarera, ó si piensas buscarte otro acomodo, lo que te será fácil, porque tú eres de Madrid, y ya has servido en él muchos años, para lo cual quedas en completa y absoluta libertad.

Después de esta perorata, que dejó yerta de espanto á Joaquina, Aurora se quedó tan seria, jugando con los cordones de seda de su bata.

—Por cierto, dijo al fin Joaquina, que no esperaba yo eso de Vd., señorita, y que si lo hubiera sabido, hubiera mirado un poco más lo que me hacia.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me hubiera comprometido viniendo con el señorito German.

—¿Dónde está el compromiso? ¿no venia yo tambien?

—Mejor me hubiera venido sola: pero yo creí que Vd. veia en mí algo más que una criada adocenada.

—Algo más veo: tienes inteligencia y sagacidad: pero te confieso que, si me acomodas para mi servicio, jamás he podido ver en tí á la futura esposa de mi hermano.

—Pues bien, señorita, repuso Joaquina, haciendo, como vulgarmente se dice, *de tripas corazón*; seguiré á su lado de Vd. como hasta hoy, y me pagará el mismo salario que ganaba, si le parece.

Joaquina, al avenirse á este arreglo, queria, ante todo, no perder de vista á German, al que contaba atraer con sus provocativas coquetenas, y en cuya mala cabeza y caprichos confiaba, así como otras jóvenes confían en el talento de sus novios y en sus buenas prendas.

—Arreglada, pues, tu venidera posicion, dijo Aurora, y conviniéndote á ella, saldré contigo á buscar casa, puesto que conoces á Madrid: está preparada temprano para que me vistas;

pienso decidir á mi hermano á que ponga pleito á mi madre para sacar nuestros bienes, y persuadirle tambien de que debe abrir un bufete de abogado, lo que dicen que en Madrid proporciona grandes ganancias.

En efecto, al dia siguiente Aurora tuvo con German otra séria conferencia: ella era el alma de aquella pequeña sociedad, y cada uno, á lo ménos en la apariencia, se doblegaba en todo y por todo á su gusto.

German se avino al instante á las dos pretensiones de su hermana: esto es, á entablar un pleito con su madre, y á abrir su despacho de abogado en la casa que ella eligiese para vivir los dos.

Poco tardó ésta en ser elegida: amueblóse con lujo, porque estaba decidido que aquella misma casa fuese la habitacion conyugal de Aurora y de Agustin, de los que no se separaria German.

Todas las diligencias de la boda se arreglaron en seguida: porque Aurora era la depositaria de los mil quinientos pesos arrebatados á su madre, y los prodigaba cuando lo creia necesario para satisfacer sus caprichos ó secundar sus planes.

Todo dispuesto ya, una noche, á últimos del mes de Agosto, Aurora y Agustin recibieron las bendiciones nupciales en la iglesia de San Martin: la casa que Aurora habia buscado y alhajado á su gusto se hallaba situada á poca distancia.

La vida se abria para Aurora, bella, risueña y tranquila.

En sus ratos de soledad, formaba los más hermosos sueños para el porvenir.

—Tengo diez y siete años, se decia: soy bella, mi marido me adora, tengo la esperanza fundada de ser rica y él lo es tambien; ¿qué falta más á mi dicha? ¿quién no me envidiará?

Pero aquella ventura, aquellas risueñas esperanzas, tenian por base el abandono y el despojo de una madre, y debian venir al suelo como el castillo de naipes que forma la mano inexperta de un niño.

II

Isabel, desde Zaragoza á Madrid, llevó la mejor compañía que pudiera apetecer; en los otros tres asientos de la rotonda, iban sentadas tres hermanas de la caridad que venian de Barcelona á los hospitales de la corte.

La dulzura y modestia de la jóven, interesaron á las buenas señoras; una de ellas llegó á conocer con poco trabajo que aquella pobre niña iba enteramente exahusta de recursos.

Como Isabel nada dijo, nada se atrevieron tampoco á preguntarle; pero cualquiera de las hermanas hubiera asegurado que era un ángel de virtud y de honradez.

A la hora en que la diligencia paraba para la primera comida, Isabel se excusó de bajar, diciendo que ella llevaba algo, y que le bastaba.

Poco despues de la comida, y estando las hermanas sentadas, se durmió; las buenas mujeres conocieron en la agitacion de su sueño y

en la palidez que vestía sus mejillas, la existencia de una gran necesidad, y la miraron con una conmiseración profunda.

—¿Dónde llevará sus provisiones? preguntó á sus compañeras la de más edad: ¡no lleva *cabás* ni saco de noche!

—¡Es verdad! eso debe haberlo dicho porque no tenía dinero para pagar la comida, y por huir del bochorno consiguiente.

—¿Y será posible que esté sin comer en todo el día?

—Claro está!

—¿Cómo haríamos para hacerle tomar algo?

—¡Yo no lo sé!

—A mí se me ocurre una idea: á la noche, en vez de bajar, que nos traigan aquí unos pollos y frutas, y le daremos como por cortesía.

—¿Y si no lo toma?

—Si tiene necesidad, lo tomará: y en fin, nuestro deber es probar y auxiliarla por todos los medios posibles.

Isabel siguió mucho rato en su pesado sueño.

A las nueve de la noche, despertó, y á la luz débil y triste de los faroles del coche, distinguió las blancas tocas de sus compañeras de viaje.

Llevó á la cabeza sus manos con expresión de sumo y agudo sufrimiento, y murmuró:

—¡Qué sed tengo!

—Ved aquí un frasco que contiene agua de naranja, hija mia, dijo una de las religiosas: beba Vd. con confianza que yo misma la hice: y aunque la apure toda, no importa, que ya llegamos á la posada donde se cena.

Isabel, á pesar de su pudorosa reserva, dejó escapar un suspiro al oír la palabra *cena*.

¡Tenía hambre, mucha hambre!

Su pecho se abría de dolor, y le zumbaban las sienes de un modo espantoso.

El calor de aquella noche de estío, mucho más sofocante por hallarse dentro de un carruaje cerrado; el polvo del camino, seco y árido por una larga carencia de lluvias, todo esto contribuía á secar la garganta de Isabel y á aumentar su fatiga y su malestar.

Reclinó la cabeza en el carruaje, y se resignó á sufrir en silencio, ofreciendo á Dios lo que padecía.

Un sopór benéfico la embargó, como una hora, al cabo de la cual, el pesado vehículo se detuvo á la puerta de un meson.

—¡Una hora para cenar, señoras! gritó el

mayoral: voy á la mesa para que tengan Vds. tiempo de elegir lo que gusten.

— Hermanas, dijo la de más edad de las religiosas; yo soy de opinion de que no bajemos: una de nosotras puede ir á buscar algunas provisiones, y esta señorita participará de nuestra modesta cena, la que haremos aquí con más confianza que en la mesa.

— ¡Ah señora! exclamó Isabel, que se ahogaba: ¡un poco de pan me bastará, y yo se lo agradeceré todos los dias de mi vida!

Este grito que se escapó del pecho de la pobre niña, dió á conocer á las religiosas la verdad amarga de aquella necesidad, y las tres se miraron con los ojos arrasados en lágrimas.

Una de ellas, se apeó, entró en el meson, y poco despues volvió con una servilleta llena de provisiones: subió al coche, y la abrió sobre su falda.

Contenia un pollo, un trozo de asado y algunas frutas.

— Comamos, dijo: voy á servir á esta señorita.

Cortó un trozo del asado y lo presentó á Isabel con un pedazo de pan.

La pobre niña lo tomó con avidez: en vano

habia querido ocultar las angustias del hambre: aquel hambre habia sido más fuerte que ella.

Comió con ánsia: con un ánsia indescribible y en extremo dolorosa.

— Mi pobre niña, dijo la más anciana de las religiosas, cuando hubo terminado: ¿por qué no bajó Vd. á comer? ¿hay alguna deshonra en ser pobre y en carecer de recursos? ¿no le ha inspirado confianza nuestro traje, que es el de la pobreza y el distintivo de la caridad?

— Señora, respondió Isabel, me daba vergüenza de decir á Vd. mi triste situacion, y no sé por qué; yo no la he provocado ni la he merecido... Dios ha cambiado mi suerte...

— Bendiga Vd., pues, su paternal voluntad, hija mia, dijo la religiosa, y no se queje de ella.

Luego, como viese que Isabel callaba, añadió:

— ¿Va Vd. á Madrid?

— Sí señora, repuso la jóven.

— ¿Pero sola?

— Sola, señora: soy huérfana: no tengo ni hermanos, ni parientes... solo una tía con la que he estado desde que me faltó mi madre, y que ahora me arroja de su lado.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de

Isabel al decir estas palabras: las religiosas, creyéndolas hijas del arrepentimiento de alguna falta, la miraron llenas de la mayor compasión: porque la caridad es tan bella y generosa, que multiplica su interés según son las culpas.

Sin embargo, Isabel observó la expresión de esta mirada, y un noble rubor encendió su frente.

—Señoras, dijo: no tengo ninguna culpa de qué acusarme, ni que pueda haber influido para que mi tía me haya arrojado de su lado: yo no era sobrina suya, sino de su esposo: me dijo que se quería quedar sola con sus hijos: que yo llenaba las obligaciones de mi prima, y que era preciso que su casa tomase otra marcha.

Hablaba Isabel con tal acento de verdad, que no era posible poner en duda lo que decía: las religiosas se dijeron, con una mirada, que allí había una gran desgracia y un gran dolor: pero no un crimen, ni aun una falta.

—¿Y qué piensa Vd. hacer, pobre niña? dijo una de las religiosas á Isabel.

—Yo misma no lo sé, señora, respondió la jóven: á nadie conozco: con nadie cuento: pero creo que será lo mejor para mí el ponerme de doncella en una casa decente, y en la que pueda ganar un sueldo regular.

—Tiene Vd. razón, dijo otra de las religiosas: todo se puede hacer en el mundo, llevando por norte la honradez, y por guía una conciencia pura: únicamente la culpa es lo que envilece: el trabajo es honrado, y Dios mismo lo santificó.

—Algunas veces he pensado, dijo Isabel, si podría vivir sola en un cuartito cosiendo, modesta, pero libremente: ¡debe ser tan hermoso tener un nido, aunque sea muy pequeño!

—Pues bien, querida mía, dijo la anciana religiosa; piense Vd. bien el partido que le conviene tomar, y cualquiera que sea, yo la ayudaré: puedo muy poco, porque nosotras vivimos de la caridad: pero mis consejos y mi cariño no le han de faltar.

—¡Ah, señora, qué buena es Vd.! exclamó Isabel: ¡solo la religión puede inspirar interés por una persona desconocida! ¡solo ella da al alma esa generosa piedad que todo lo perdona, y que todo lo compadece.

La cena de las hermanas y de Isabel tocaba ya á su fin: la anciana la exhortó á que reposase algunas horas, y ella misma se recostó en los almohadones de la diligencia, imitándola sus compañeras.